

AUTOR Y LECTOR IMPLICITOS EN LA MUERTE Y LA BRUJULA DE JORGE LUIS BORGES

Si una de las notas fundamentales de la literatura moderna es la indeterminación, pocos sistemas o técnicas más apropiados para crearla en una obra que la inclusión de distintos niveles de creación o de lectura en su interior, lo que puede suponer, utilizado con la maestría precisa, una acumulación de posiciones que conduce al escrito a una buscada imprecisión.

Pero esa característica no sólo deriva de la materia y la técnica novelescas, sino también, y sobre todo, de la tonalidad del relato, en concreto de los posibles usos irónicos.

Pocas obras de arte tan adecuadas para representar esas dos notas del arte postmoderno como "La muerte y la brújula", uno de los relatos de *Artificios* de Jorge Luis Borges.¹

El relato en cuestión es una de las obras de Borges de temática policíaca que, ni que decir tiene, remite automáticamente al proceso de investigación o búsqueda, lo que supone desconocimiento e incertidumbre iniciales. En él se pueden observar distintos niveles de creación (o autoría) ficcional y también de lectura o recepción. Incluso se podría decir que es ese proceso de escritura-lectura lo que constituye el relato en sí, ya que en realidad surge por lecturas erróneas o innecesarias que se van superponiendo. Comenzaré precisando y analizando el proceso.

El relato comienza con la presentación del personaje protagonista que, desde nuestro peculiar modo de penetración, se configura también como el lector implícito fundamental: Lönnrot. Ya en esas primeras líneas se califica a ese personaje de perspicaz, aunque se juzgue su

perspicacia de temeraria². También en ese primer párrafo se le llama "puro razonador" y se le compara con Augusto Dupin. Desde el mismo arranque del relato tenemos pues definidas las cualidades más relevantes de nuestro lector de ficción.

El segundo párrafo del relato desarrolla ya la descripción del primer crimen de una serie que va a ocupar a nuestro brillante detective, a la vez razonador y perspicaz. Se trata del asesinato de un docto judío, asesinato del que se ofrecen todos los datos pertinentes: lugar, día, circunstancias... incluso el comisario encargado del caso adelanta una explicación convincente: la posibilidad de una equivocación:

*-No hay que buscarle tres pies al gato -decía Treviranus, blandiendo un imperioso cigarro-. Todos sabemos que el Tetrarca de Galilea posee los mejores zafiros del mundo. Alguien, para robarlos, habrá penetrado aquí por error. Yarmolinsky se ha levantado; el ladrón ha tenido que matarlo. ¿Qué le parece?*³

Lönnrot, sin embargo, ha reparado en los libros que se encuentran en la habitación y de los que es autor la víctima, Marcelo Yarmolinsky, que se enumeran a continuación⁴ y lee la frase

² Pág. 147. En concreto el texto dice "temeraria perspicacia" anteponiendo el adjetivo, con lo cual el lector poco avisado reparará en la sustancia y muy poco en la cualidad.

³ Pág. 149.

⁴ ...una *Vindicación de la cábala*, un *Examen de la filosofía de Robert Fludd*; una traducción literal de *Sepher Yezirah*; una "Biografía del Baal Shem"; una *Historia de la secta de los Hasidim*: una monografía (en alemán) sobre el Tetragrámaton; otra, sobre la nomenclatura divina del Pentateuco. Pág. 149.

¹ BORGES, J. L. *Ficciones*. Alianza-Emecé, Madrid, 1987.

que aparece en la máquina de escribir *“La primera letra del Nombre ha sido articulada”*, por lo que decide dedicarse a la lectura de esos estudios como forma de acercarse a las circunstancias de esa muerte.

Así pues el primer autor ficcional es la víctima de un crimen y el primer lector de esos textos es precisamente el policía encargado de la investigación del caso. No estamos, no obstante, ante la utilización de la técnica en abismo o de cajas chinas porque ninguno de estos textos se incluye en nuestro relato ni siquiera parcialmente, por lo que nosotros, lectores reales, no podemos entrar en ese mundo más que de la mano del inspector Lönnrot, o sea que apenas tenemos un ligero conocimiento de su temática y del tipo de lectura que está realizando de esos datos el inspector, que considera el asesinato relacionado con ciertas supersticiones judías.

A esta altura del relato el narrador nos advierte, en primer lugar, de la publicación de un artículo, en un diario judío, en el que se dice que el inspector intenta aclarar el sentido del asesinato a partir de las doctrinas de los libros encontrados y, en segundo, de la publicación, en una edición de bolsillo, de la *Historia de la secta de los Hasidim*, uno de los libros de Yarmolinsky, con lo que el número de los lectores de esa obra puede ampliarse, aunque nuestro relato sigue sin ofrecer ningún fragmento de ese libro que parece acaparar en tan alto grado el interés de los personajes de ficción. Por otra parte, el número de autores de ficción también ha aumentado al entrar en esa nómina el periodista autor del artículo y también probablemente los lectores potenciales de éste, aunque todavía no se precise nada al respecto en el relato.

Como *“La muerte y la brújula”* sólo consta de 26 páginas en una edición de bolsillo (como la que manejo), el narrador, a la vez que presentaba al personaje principal en el primer párrafo, se había apresurado a adelantar en gran medida la trama argumental del relato, advirtiendo que el inspector investigó una serie de crímenes y que, si bien no pudo evitar el último, por lo menos sí lo había previsto. También la brevedad del relato obliga a que, ya en la quinta página se dé cuenta del segundo de los crímenes de la serie, crimen

que guarda enorme relación con el primero en muchos aspectos, pero que, sobre todo, está unido a él por la inscripción *“La segunda letra del Nombre ha sido articulada”*, lo que hace suponer una continuidad, respecto del anterior, aunque la víctima en esta ocasión no es un judío, sino un conocido representante del mundo del hampa.

El primer crimen, el del llamado Yarmolinsky tuvo lugar el tres de diciembre en el Hôtel du Nord. El segundo *“la noche del tres de enero, en el más desamparado y vacío de los huecos suburbios occidentales de la capital”*⁵.

Si ya la presencia del número tres, número cabalístico por excelencia, unida a las inscripciones, era suficientemente indicadora, los acontecimientos que siguen lo van a confirmar, cuando el tres de febrero, una llamada telefónica dice querer ofrecer información sobre esta cadena de asesinatos, llamada localizada por la policía que remite a un secuestro y a una nueva inscripción: *“La última de las letras del Nombre ha sido articulada”*.

El comisario Treviranus sospecha que lo que en principio se muestra como un secuestro pueda ser sólo un simulacro, pero el “lector” Lönnrot ha encontrado subrayada una frase en un libro de la víctima:

“Erik Lönnrot sonrió y le leyó con toda gravedad un pasaje (que estaba subrayado) de la disertación trigésima tercera del *Philologus: Dies Judaeorum incipit a solis occasu usque ad solis occasum diei sequentis*. Esto quiere decir -agregó-, *El día hebreo empieza al anochecer y dura hasta el siguiente anochecer*.⁶

Los tres sucesos habían ocurrido el día tres de meses sucesivos (diciembre, enero y febrero) y en lugares que configuraban un triángulo equilátero en el plano de la ciudad, tal y como se declara en una nota, acompañada del correspondiente plano, enviada oportunamente al comisario, y que da el proceso por concluido.

⁵ Pág. 151.

⁶ Pág. 154.

Pero Lönnrot, ya no como simple lector, sino otra vez como estudioso (tal y como se precisa en el texto) de todo este proceso, pone estas declaraciones en relación con el fragmento subrayado encontrado en la habitación de la taberna, en que se decía que el día hebreo empieza al anochecer, por lo cual los asesinatos, si formaban parte de una maquinación hebraica, habían tenido lugar los días cuatro de diciembre, enero y febrero, lo que, unido a la idea del *Tetragrámaton* (JHVH), a la que han ido aludiendo las sucesivas inscripciones, supone necesariamente que habrá un cuarto asesinato y que éste tendrá lugar al sur de la ciudad a fin de conformar en el plano de la misma un cuadrado armónico con ese número cuatro de las fechas sucesivas. Con eso tiempo y espacio coincidirían en un diseño acorde en esta serie de hechos de sangre.

Es así como Lönnrot anticipa al comisario Treviranus que va a resolver el asunto y se encamina al sur de la ciudad, zona en la que reina una especie de "capo" mafioso barcelonés apodado Red Scharlach, enemigo acérrimo de nuestro detective. Lönnrot se dirige a la quinta Tristle-Roy, que Borges describe como un espacio laberíntico, no tanto por la construcción en sí, sino por el efecto que causa en el detective su recorrido⁷ y allí cae en la emboscada que Scharlach el Dandy le había tendido con sumo cuidado.

Es en este momento, ya en el cierre del relato, cuando se nos presenta el segundo gran lector de "La muerte y la brújula", que no es otro que Red Scharlach, quien había jurado vengarse de Lönnrot por haber apresado a su hermano y haberlo herido a él mismo gravemente. Scharlach, al saber por el periódico judío que el detective buscaba pistas del primer crimen en los libros encontrados en la habitación, lee a su vez la *Historia de la secta de los Hasidim* y es así como idea el plan de ofrecer a Lönnrot un simulacro de

⁷ "Lönnrot exploró la casa. Por antecomedores y galerías salió a patios iguales y repetidas veces al mismo patio. Subió por escaleras polvorientas a antecámaras circulares; infinitamente se multiplicó en espejos opuestos; se cansó de abrir o entreabrir ventanas que le revelaban, afuera, el mismo desolado jardín desde varias alturas y varios ángulos...". Pág. 158.

diagrama jalonado de crímenes en el que el ingrediente principal fuese la doctrina del Nombre recóndito. Lönnrot, siguiendo como hilo de Ariadna estos datos penetra en el centro del laberinto donde lo espera Scharlach, que ha realizado una serie de realidades a la medida de los deseos del detective. Así pues el segundo lector ha tomado la delantera para dar lugar a un relato del cazador-cazado de extraordinaria efectividad.

Curiosamente todo se nos había adelantado irónicamente desde el principio. El narrador, al presentarnos al personaje del detective, lo había calificado de temerario (si bien es cierto que había unido esa apreciación a su perspicacia, enmascarándola además al anteponerla como si se tratase de un epíteto)⁸. Por otra parte había afirmado que "se creía un puro razonador". Esa opinión tan benévola de sí mismo y la calificación anterior definen bastante bien al personaje: confía en la razón como valor, aunque (según nos ha señalado el narrador) él no es un hombre lógico, tan sólo se lo cree, por eso, dejando a un lado las sucesivas apreciaciones de Treviranus, que se revelarán exactas, se dedica a leer estudiar pruebas circunstanciales: una frase de un escrito ocasional de la vigilia de Yarmolinsky y sus escritos anteriores, lo que, conocido por su enemigo, servirá para urdir la trampa.

Los escritos en los que se enfrasca Lönnrot nada tienen que ver con los hechos, ya que el asesinato de Yarmolinsky no ha sido más que una equivocación. Por consiguiente Lönnrot, que presume de lógico, con su afán de lector e investigador no ha hecho más que trazar en torno a la investigación un laberinto complicado y para nada relacionado con la verdad, cosa que, conocida por su enemigo, le servirá para completar el tan complicado diagrama a fin de atraer al detective hasta el centro mismo de esa complicación caprichosa. Más que el hilo de Ariadna, dado el aspecto ridículo que adquiere Lönnrot (atrapado en la propia red que cree levantar) parece que lo que Scharlach ha utilizado sean las

⁸ El epíteto en español no añade nada a la sustancia, por lo cual un adjetivo en posición epitetiva suele pasar bastante desapercibido.

migas de Pulgarcito que, en lugar de ofrecer la salida del laberinto van a significar lo contrario. El detective, siguiendo pistas engañosas, penetrará en un laberinto que supone su muerte.

Nada más sarcástico que esta burla de los modos aparentemente lógicos y razonadores personificados por Lönnrot, ya que su utilización lleva nada menos que a la muerte.

La parodia de los métodos deductivos policíacos resulta así absoluta. Con la utilización de un método riguroso y llegando a descubrimientos aparentemente sorprendentes no se ha conseguido otra cosa que caer en una trampa urdida adelantándose a esas especulaciones. Así la

indeterminación del curso del relato, basado en dos lecturas y dos sucesivos personajes lectores, hace que se llegue desde la lógica al laberinto (que sería su antítesis más fuerte) y a la muerte.

Creo que “La muerte y la brújula”, desde esta perspectiva, puede proponerse como un acabado ejemplo de las creaciones denominadas postmodernas, en las que las utilizaciones irónicas, sobre todo, crean conjuntos muy especiales y de un grato atractivo.

ANA GONZÁLEZ ESCUDERO

Universidad de Murcia